

La formación vocacional hasta los 25 años

JOSÉ LUIS MORENO MARTÍNEZ*

Una de las mayores preocupaciones de los que trabajan en la formación de las vocaciones en la actualidad es que el proceso formativo sea profundo, es decir, que la formación sea «transformación» de la persona. No es infrecuente que al poco tiempo de ordenarse o hacer la profesión haya algunos que decidan abandonar los compromisos recién adquiridos. O que venga pronto un cierto decaimiento o derrumbe psicológico y espiritual.

Es indudable que el contexto social en el que hay que ejercer hoy el ministerio sacerdotal o vivir la consagración es inconfortable, si no hostil, para los valores que dan sentido a una vocación. Pero cabe preguntarse por el arraigo que han tenido esos valores en el proceso de la formación. De ahí el interés en resaltar la importancia de los primeros años de la formación.

Aunque sea sólo a modo de apunte, expongo en primer lugar algunos de los problemas más significativos con que se encuentran en la actualidad los formadores, para apuntar después alguna clave que es necesaria en la formación. La perspectiva en que me sitúo, por mi experiencia personal, es sobre todo desde la formación de los futuros sacerdotes.

* Sacerdote secular, Presidente y Secretario de la Comisión Episcopal de Seminarios y Universidades

1. ALGUNOS PROBLEMAS ACTUALES EN LA FORMACIÓN

1.1. Una impresión preocupante

El documento de trabajo para preparar el Congreso Europeo sobre las vocaciones presentaba una «tipología de los candidatos» sin sistematizar y sin un ulterior análisis etiológico, pero en la que llamaban la atención los perfiles problemáticos. Era el resumen de las aportaciones hechas por los responsables de las Conferencias Episcopales y por los Superiores Mayores¹.

De algunos se hablaba de inmadureces emocionales, de proveniencia de familias disgregadas, de haber vivido experiencias morales gravemente negativas, de motivaciones incorrectas.

Como características más comunes se mencionaban:

- cierta fragilidad e inestabilidad psicoafectiva;
- el retraso prolongado de la decisión y el miedo al compromiso definitivo;
- la poca experiencia religiosa y la falta de formación cristiana y de preparación doctrinal;
- dificultad para asumir valores como el sacrificio, la obediencia, la disciplina y el trabajo constante, la austeridad, el silencio, etc.;
- la incoherencia entre las ideas o proyectos y la realidad personal diaria;
- cierto individualismo y afán de protagonismo y la dificultad para aceptar lo institucional o los proyectos globales comunitarios;
- religiosidad de carácter emotivo y sentimental.

Entre los que vienen predomina el estilo más inclinado a la oración y a la espiritualidad que al compromiso social con los pobres. En ello se aprecia positivamente un redescubrimiento de los valores espirituales, pero, a la vez se descubren algunas tendencias preconciarias y la necesidad de purificar motivaciones.

Por supuesto, también se describen rasgos positivos como la generosidad, el entusiasmo, el deseo de vivir en comunidad, el rechazo del formalismo, el deseo de servir a Dios y a los hermanos, etc.

Pero en su conjunto estos datos dejan una impresión preocupante y obligan a profundizar en la tarea formativa. Pero también reclaman una sistematización que los sitúe en su contexto cultural y que presente también las ventanas abiertas y las posibilidades, en medio de las dificultades.

1.2. La incidencia de la cultura ambiente y sugerencias para la formación

El joven que accede a nuestros Seminarios y casas de formación trae la carga cultural del ambiente social, con sus dificultades y con sus posibilidades para el desarrollo de la semilla de la vocación².

Buscando las características de la cultura de hoy, creo que se pueden enmarcar en tres coordenadas: a) El Sujeto frente al Objeto; b) La Materia frente al Espíritu; c) El Fragmento frente al Todo. Situaré en estas coordenadas los rasgos que definen a la juventud de hoy y sugeriré algunas consecuencias para la educación de las vocaciones³.

1.2.1. El Sujeto frente al Objeto

En la cultura antigua prevalecía el objeto sobre el sujeto. La moderna ha dado un giro copernicano constituyendo al sujeto en el centro y en el intérprete del objeto. Este movimiento hacia el sujeto ha hecho descubrir valores importantes, pero tiene también sus puntos problemáticos. Sus manifestaciones más notables en la cultura de hoy son la libertad, el subjetivismo y la tolerancia.

a) La libertad

La libertad es uno de los valores fundamentales mejor asentados en la conciencia del hombre contemporáneo. Encuentra diversas expresiones muy positivas y bien acogidas por la sociedad y particularmente por la juventud: la defensa de los derechos humanos; los movimientos de liberación de cualquier tipo de opresión; las libertades públicas en la construcción de los estados democráticos; la libertad personal; el respeto a la propia conciencia; la importancia de las opciones y elecciones personales; etc. Junto a tantos aspectos positivos, la libertad es también susceptible de malentendidos y abusos. De hecho en la actualidad se vive una libertad marcadamente individualista, donde el protagonista es el «yo» y no la persona integrada en sociedad.

La educación en la libertad y para la libertad es fundamental en la formación de las vocaciones:

- Estamos en un buen contexto para que la opción vocacional constituya una verdadera elección personal, bien motivada y libre de adherencias espúreas.
- No llegarán a ser personas maduras, si los formadores no asumen el contexto de libertad en el que han crecido y si el Seminario o Casa de formación no ofrece cauces para ejercitarla.
- Pero tampoco se les ayudará a crecer si no se purifica y se completa la concepción de libertad de la cultura ambiente. La persona tiene que aprender a ser dueña de sí misma y estar en capacidad de ofrendar la vida como servicio, como Cristo, hombre libre y liberador, a la vez que Siervo sufriente. Desde una libertad individualista es imposible entender la obediencia ni el servicio pastoral. Ésta no es una tarea fácil para el educador.

b) El subjetivismo y el relativismo

Otra manifestación del predominio del sujeto sobre el objeto en la cultura

actual es el subjetivismo relativista⁴. Es una consecuencia de una concepción autónoma de la libertad. Hoy no está bien visto hablar de la verdad o de normas objetivas de moralidad. No se admiten valores ni principios absolutos y permanentes. El único principio absoluto es que todo es relativo. La única norma de moralidad es la propia conciencia erigida en instancia última y en tribunal inapelable de la conducta moral.

El educador ha de tener en cuenta este rasgo cultural que está influyendo también en las vocaciones de hoy. Para ello:

- Se necesita una labor de descodificación para que lleguen a asimilar la verdad y el valor permanente del Evangelio y los criterios de la Iglesia.
- Como consecuencia, algunos de los temas que es preciso profundizar más en la formación de los primeros años son: la educación de la conciencia moral⁵; la aptitud para analizar la realidad y hacer juicios objetivos y equilibrados sobre las personas y los acontecimientos; la educación para el diálogo; la importancia de la filosofía y la capacidad de la razón humana⁶.
- También se está viendo cada vez más necesario el proporcionar a los seminaristas que comienzan, así como a los novicios/as, los elementos básicos de la vida cristiana, ya que carecen de una visión global y objetiva de la fe⁷.
- Hay algunas vocaciones jóvenes que, como reacción a la carencia de orientación en que han crecido, buscan seguridades de manera obsesiva. Suele ser un rasgo de inmadurez que, si no se corrige, producirá tipos impositivos e inflexibles, poco aptos para el diálogo y para ser guías de creyentes, que se apoyen no en la propia seguridad, sino en un Dios siempre nuevo y sorprendente.

c) Pluralismo y tolerancia

Si se le da prioridad al sujeto, surge la diversidad, porque cada persona es única e irrepetible y afronta la vida desde su propia identidad. La consecuencia

inmediata es el pluralismo que caracteriza a la cultura actual. El pluralismo no es posible si las personas no tienen una actitud de tolerancia frente a la intransigencia y el integrismo.

En orden a la formación vocacional estos rasgos de la cultura actual tienen repercusiones interesantes:

- Las comunidades formativas normalmente son plurales, con lo que ello supone de riqueza y de dificultad de relación. Por ello es imprescindible el aprendizaje de la convivencia en la diversidad; y desde ahí formarse para ser servidor de la comunión dentro de la Iglesia y saber ofrecer la verdad del evangelio con sencillez en un mundo plural y tolerante.
- Lejos de un estilo educativo masificado o impersonal, hoy se le exige al educador estar atento al itinerario de cada uno. Más que nunca es eficaz y necesario el acompañamiento personalizado y el redescubrimiento del valor de la dirección espiritual.

1.2.2. *La Materia frente al Espíritu*

La cultura actual se caracteriza por darle prioridad a la materia sobre el espíritu. En unos casos por partir de presupuestos materialistas, que niegan la existencia del espíritu. En otros por olvidar de hecho lo espiritual, aunque en teoría no se niegue. La opción por la materia en esta coordenada que propongo, tiene diversas manifestaciones en la cultura contemporánea.

a) *Mentalidad científico-técnica y secularización*

Estamos en la edad positivista, en expresión de Comte. La ciencia y la técnica no sólo han cambiado nuestras condiciones de vida, sino también nuestra forma de pensar. Ello ha provocado la secularización, como pérdida progresiva de espacio y de funciones de la religión en la sociedad.

La mentalidad científico-técnica, que produce un hombre unidimensional, está siendo criticada por muchos pensadores⁸. Pero los jóvenes han nacido y crecido en el ambiente científico-técnico y están imbuídos de esta mentalidad. No obstante, hay algunos que buscan formas nuevas de vivir. Signo de ello son la vuelta a la naturaleza y el atractivo de los movimientos ecologistas. Asimismo, como reacción a una sociedad materializada, donde no hay espacio para el espíritu y para el misterio, se nota una vuelta a lo religioso.

De cara a la formación de las vocaciones de hoy, es preciso contar con estos rasgos de nuestra cultura y con las reacciones que hoy suscita. Algunas sugerencias:

- Acostumbrados al botón, a lo que se palpa, se ve y se oye, les resulta más difícil la reflexión abstracta, la elaboración de pensamiento. Ello requiere un esfuerzo pedagógico suplementario en las clases de filosofía y teología.
 - Asimismo la interioridad, el silencio, la oración contemplativa les cuesta y precisa una pedagogía progresiva. Esa pedagogía no requiere tanto métodos, sino el conseguir la actitud de apertura y receptividad ante el Dios que se me presenta como no conquistado, no hecho, no dominado por mí. Aunque hay que advertir que un alto porcentaje de los jóvenes que entran en los Seminarios proceden de aquellos que tienen ya alguna experiencia de oración en sus grupos de origen y se encuentran a gusto en la intimidad y en las prácticas espirituales. Se les podría calificar de «postseculares»⁹.
 - Para ser sacerdote o vivir la consagración en una sociedad secularizada, se ha de aprender la espiritualidad de la marginalidad y de la «kénosis».
- b) Hedonismo y consumismo

No es preciso describir estos rasgos de la cultura actual. No sólo se busca el placer, sino que se defiende como valor supremo. Baste citar el pensamiento

de una profesora de ética: «En el mundo de los hombres el goce es el alfa y omega, principio y fin»¹⁰.

En orden a la educación de las vocaciones este rasgo de la cultura moderna tiene mucha importancia:

- En este clima el joven de hoy es muy débil de voluntad. Habrá que reforzar la pedagogía de los actos de renuncia, sacrificio y control de sí mismo. Ello sin menospreciar la materia, el cuerpo y la sexualidad. Frente a tendencias maniqueas siempre renacientes, ha de vivir en armonía su unidad personal de cuerpo y espíritu.
- La opción por la pobreza, el estilo austero, su no crearse necesidades ficticias, todo ello es una «herejía cultural», que resultará profética y evangelizadora si es auténtica.
- El formador le ha de hacer consciente que en nuestro mundo, a pesar de las conquistas sociales, la posibilidad de disfrute de bienes es muy desigual. Una sociedad consumista y hedonista tiende a acallar el clamor de los pobres, a los que el futuro sacerdote y el consagrado ha de amar preferentemente.
- El hedonismo ambiente, el pansexualismo, la frivolidad y banalización de las relaciones amorosas, la inconsistencia de muchos compromisos matrimoniales dan una actualidad acuciante al celibato sacerdotal y a la virginidad consagrada. Es una verdadera profecía: crítica silenciosa de planteamientos deshumanizados y anuncio del Reino del amor verdadero.
- Pero no resulta fácil en este contexto una educación de la sexualidad en la línea de la castidad cristiana. Nos podemos encontrar en los Seminarios y casas de formación con jóvenes que no han tenido una educación de criterios y de hábitos de moral cristiana en la catequesis. Nada se puede dar por supuesto. Vivir el celibato con elegancia y fidelidad en el ambiente de la sociedad actual resultará arduo y exige tener unas bases sólidas y unas motivaciones profundas¹¹.
- Por otra parte, la posibilidad que nos brinda la cultura actual de disfrutar de bienes nos ilumina también un aspecto evangélico como es el de la

alegría y el sentido gozoso y frutivo de la vida. Ello ha de configurar también el talante humano del sacerdote y del consagrado. Una alegría que no se sustenta en los gozos efímeros, sino que tiene su fuente en Cristo resucitado y es don y fruto del Espíritu, pero que sabe disfrutar de lo pequeño y de las cotidianas manifestaciones del amor de Dios.

c) Experiencia y sentimiento

Otra manera de expresarse la opción por la materia frente al espíritu es la prioridad de la experiencia sobre la teoría, las ideas o los principios. Lo que hoy en día vale y arrastra es la experiencia vivida por uno mismo. La experiencia no es racional, es vital. Se hace a flor de piel, de contacto humano, de sentimiento y de emoción. Si la modernidad se caracterizaba por la racionalización, la postmodernidad se define por el sentimiento. El «homo sapiens» ha sido desbancado por el «homo sentimental».

Particularmente los jóvenes de hoy son sensibles a la expresión de sentimientos y a las experiencias personales. También a nivel eclesial se comprueba que los grupos que logran establecer relaciones interpersonales y que tienen experiencias fuertes religiosas se consolidan. Mientras que los grupos más ideológicos, de formación o de compromiso decaen.

Mirando a la educación y particularmente la de nuestros Seminarios y casas de formación, este nuevo rasgo también es digno de tenerse en cuenta con diversas aplicaciones:

- Es imprescindible llegar a crear un proceso de experiencia religiosa, por el que el vocacionado se encuentre vitalmente con Jesucristo y conecte con El en el plano de la amistad, la afectividad y los sentimientos. No basta con una formación teológica intelectual, aunque es necesaria.
- El grupo de talla humana, en el que sean posibles las relaciones interpersonales cercanas, constituye un elemento formativo de suma importancia.

- En la oración y en la liturgia hay que cultivar el lenguaje de los signos y los elementos simbólicos, así como el tono festivo y la belleza de la celebración.

1.2.3. El Fragmento frente al Todo

Hoy el hombre se considera un fragmento de la realidad, sin pretensión de encajar en un conjunto armónico. En sí mismo se siente fragmentado, dividido e incluso esquizofrénico. Las visiones globales de sentido suenan a fundamentalismos y cualquier pretensión de totalidad y el Todo mismo, en cuanto expresión de Dios, son rechazados como totalitarismos¹². La opción por el Fragmento frente al Todo es, pues, otra de las coordenadas en las que se sitúa la cultura actual. Particularmente se ha definido desde esta perspectiva a la postmodernidad. Destacamos dos aspectos en los que se puede ver con más precisión.

a) Presentismo

En la coordenada histórico-temporal la condición fragmentada se identifica con el «presentismo». Para los postmodernos la historia no existe, ni como pasado ni como futuro. Para ellos ha fracasado la idea del progreso propia de la modernidad, que creó las grandes utopías sociales. Sólo importa vivir el momento presente, pero sin ningún proyecto de transformarlo. Tan solo de disfrutarlo o exprimirlo. A nivel del hombre de la calle se impone el pragmatismo de la realidad cotidiana. Basta con vivir, sin plantearse las grandes preguntas sobre el sentido de la vida. Se tiene la conciencia de la provisionalidad. Nada hay definitivo, todo es provisional y transitorio.

Mirando a la formación de nuestras vocaciones, hay que contar con este factor del presentismo para aprovecharlo y para superarlo:

- Se puede aprovechar para enseñar a vivir con realismo el momento

presente, sin caer en el escapismo de la nostalgia ni en la falsa huida de crearse mundos ideales. La persona madura vive el presente con todas sus potencialidades. Además, desde el punto de vista cristiano, en el aquí y en el ahora se hace presente Dios y se siembra su Reino.

- Hoy no es infrecuente encontrarse con vocaciones de corte «tradicional», que, quizá por haber sufrido la inestabilidad de un puro presentismo, buscan agarraderos y seguridades en el pasado. A ellos habrá que orientarlos a mirar al presente y al futuro. Pero normalmente la dificultad para las vocaciones actuales es asumir el peso de la tradición eclesial, mirar al pasado como punto de referencia e insertarse en esa herencia histórica de la Iglesia, con sus lacras y sus valores.

- Los jóvenes de hoy tienen miedo a asumir compromisos definitivos. Ésta suele ser una de las dificultades mayores para optar por la vida sacerdotal o religiosa. Por eso el formador ha de estar atento a que vayan asimilando vivencialmente que el celibato y los demás compromisos no son provisionales, sino para toda la vida. Para ello ayudará la experiencia de la fidelidad cotidiana, el ponerse en manos del Dios que permanece fiel y el testimonio gozoso de los consagrados.

b) La atracción de lo pequeño

La tendencia actual al fragmento frente a la totalidad se manifiesta también en la dimensión espacial. Hoy «lo pequeño es bello». Interesa la cercanía, el conocimiento y trato de las personas, los objetivos concretos, pequeños y abarcables. Esto ocurre a nivel político (surgimiento de los nacionalismos), social (el asociacionismo) y eclesial (las experiencias comunitarias de pequeños grupos).

Desde el punto de vista educativo de las vocaciones, hay que tener en cuenta la atracción por lo pequeño. Por ejemplo:

- La escasez vocacional nos permite trabajar con pequeños grupos y crear un clima cálido de familia, en el que los formandos se sientan acogidos y valorados en su personalidad.

- El paso del grupo o comunidad donde habían alimentado su fe y madurado su vocación a una nueva comunidad, no directamente elegida y más plural, suele ser costoso. Pero es imprescindible una cierta ruptura como la matriz de origen para abrirse a un sentido comunitario más amplio y a la misión a la que Dios llama.
- Se nota entre los jóvenes de nuestros Seminarios y casas de formación una cierta alergia hacia lo institucional de la Iglesia, hacia la organización diocesana, hacia las obras del Instituto. Es una tarea importante de la formación insertarlos en el Presbiterio y en la Diócesis y en la visión universal de la Iglesia, así como en las tareas del Instituto que son más amplias que sus propias querencias.
- Las vocaciones de hoy suelen inclinarse a los pequeños compromisos de servicios concretos a personas: cuidado de enfermos, pobres, trabajo con drogadictos, marginados, inmigrantes, etc. Son, sin embargo, poco partidarios de luchar por las grandes causas o ideas en una acción más global. Lo concreto tiene el frescor del Evangelio, pero es necesario ser completado por un análisis de las causas de la marginación y una reflexión y toma de postura sobre sus soluciones, que afectan al nivel de Justicia, según la Doctrina Social de la Iglesia.

2. LA NECESIDAD DE UN EJE CENTRAL CONFIGURADOR

2.1. Una necesidad hoy más apremiante

En las páginas anteriores he destacado una serie de aspectos en los que hay que educar hoy, teniendo en cuenta las influencias positivas o negativas de la cultura actual. Ahora bien, la educación no se realiza por acumulación, como si fuera un edificio en construcción al que, desde fuera, se le van añadiendo ladrillos y los demás elementos. La educación de las personas ocurre desde dentro, en un proceso de crecimiento vivo.

La clave de la educación consiste en conseguir que arraigue en la persona una semilla que, aunque sea lentamente, vaya creciendo desde su propia vitalidad. Necesitará cuidados, resguardo, riego, sol, abono y poda, pero la planta crece ella misma y se mantiene viva, porque la semilla ha prendido. Un árbol de Navidad, que no está arraigado en ninguna parte, lo podemos cargar de luces, de bolas de colores, de serpentinas (elementos decorativos que él no produce) y aparentemente es hermoso, pero no está vivo ni dará fruto y, pasadas las fiestas, habrá que desprenderse de él.

Particularmente hoy parece necesario descubrir lo esencial de la formación, aquello que va a hacer crecer a la persona en su vocación. Ante la multiplicidad de ofertas y acumulación de objetivos y medios, ante la pluralidad ideológica y la fragmentación cultural, el candidato corre el peligro de no asimilar ni integrar en su personalidad ese cúmulo de elementos y permanecer un ser fragmentado. Por eso es tan importante que encuentre el eje formativo, como un pequeño árbol tiene su guía de crecimiento.

2.2. El eje formativo: la configuración con Cristo

No es difícil descubrir cuál es ese eje vital unificador de todos los aspectos de la formación: es la configuración con Cristo. Por el Bautismo y la Confirmación el Espíritu Santo concede una configuración ontológico-sacramental con Jesucristo, que hace que el cristiano participe de la misión profética, sacerdotal y real de Cristo. El sacramento del Orden proporcionará una nueva configuración haciendo que el ordenado participe de esa triple función de Cristo en cuanto Cabeza y Pastor.

La formación tiene por objetivo llegar a una configuración existencial con Jesucristo, que parte de una identificación afectiva con él y que lleva al vocacionado a adoptar, por amor a Jesucristo, su forma de vida y su entrega total al prójimo¹³. Expresiones parecidas a la de «configuración» son las

usadas por la tradición espiritual y de formación de vocaciones como las bíblicas «imitación» o «seguimiento» de Cristo¹⁴.

El pasaje de Jn 1,35ss es paradigmático:

- La función del formador es poner en contacto con Jesús: Juan Bautista es un formador con discípulos propios, que tiene la experiencia de haberse encontrado con Jesucristo, comunica esa experiencia a sus discípulos y les muestra al verdadero maestro: el Elegido de Dios, el Cordero de Dios.

- Aquellos dos discípulos, admirados, inquietos, buscadores, se van tras el Maestro: - «¿Qué buscáis?» - «¿Dónde vives?» - «Venid y veréis». Este encuentro experiencial con Jesús es la regla primera y fundamental tanto de la pastoral vocacional como de la formación¹⁵. La vocación es una historia de amistad con Jesús y en ese encuentro vivencial con él, Jesús es el verdadero «formador», porque es el único que puede plasmar en el vocacionado sus mismos sentimientos, para que llegue a ser signo y transparencia suya. Jesucristo es a la vez el «formador» y la «forma»¹⁶.

- Ese encuentro experiencial sólo es posible desde la intimidad y el trato cercano con el Maestro. De ahí que el Evangelio subraye que a los Doce «los llamó para que estuvieran con él» antes de enviarlos a predicar (Cfr. Mc 3,14). La oración no es sólo un medio, es un elemento constituyente de la misma vocación, tanto en los años de formación como durante toda la vida. En ese diálogo íntimo, donde la persona abre su alma y su afectividad y sentimientos, Cristo hace el milagro imprescindible para que la vocación prenda como algo vivo: que arda el corazón, como les ocurrió a los discípulos en el camino de Emaús (Cfr. Lc 24,32). Es el fuego del Espíritu Santo quien hacer «enardecer» al vocacionado en un nuevo Pentecostés¹⁷.

- Cuando Cristo ha «agarrado» en el corazón del vocacionado, su formación se convierte en una «conformación» con Cristo. Las distintas dimensiones formativas tiene en Jesucristo su modelo, su motivación y su fuerza de crecimiento: Cristo, el Hombre Nuevo guía la dimensión

humana de la formación; la amistad con él constituye la base de la formación espiritual; como Maestro, plenitud de la revelación y sentido de la vida orienta la formación intelectual; en cuanto Buen Pastor es el modelo de la formación pastoral; como Hermano mayor y Cabeza de un sólo Cuerpo fundamenta y da vida a la formación comunitaria¹⁸.

- De este modo la formación se convierte en una «conformación» con Cristo, la cual opera en la persona una real «transformación». Ello se realiza en un proceso lento, sobre todo en los jóvenes actuales, que según los sociólogos tienen un ritmo lento de maduración. Un proceso no siempre rectilíneo, sino con altos y bajos, quebraduras y reajustes, que requieren un acompañamiento personal cercano y a la vez discreto. Un proceso en el que puede haber configuraciones aparentes, parciales, superficiales o falsas, que es preciso discernir y reorientar¹⁹.

CONCLUSIÓN

La tarea de la formación de las vocaciones es una de las más importantes para el futuro de la Iglesia. A la vez es una tarea delicada y difícil, que requiere entrega, sensibilidad a los signos de los tiempos y a los itinerarios de las personas, pedagogía y, sobre todo, testimonio de la vivencia personal.

El formador ha de ser consciente de que el propio sujeto es protagonista necesario e insustituible de su propia formación. Y ambos, el formador y el vocacionado, han de ser conscientes de lo que decía el Papa respecto a los futuros sacerdotes y que es aplicable a todas las vocaciones consagradas: *«El Protagonista por antonomasia de su formación es el Espíritu Santo, que con el don de un corazón nuevo configura y hace semejante a Jesucristo, el Buen Pastor. En ese sentido, el aspirante fortalecerá de una manera más radical su libertad acogiendo la acción formativa del Espíritu. Pero acoger esta acción significa también, por parte del aspirante al sacerdocio, acoger las 'mediaciones' humanas de las que el Espíritu se sirve»²⁰.*

NOTAS

¹ Vid. OBRA PONTIFICIA PARA LAS VOCACIONES, *La pastoral de las vocaciones en las Iglesias particulares de Europa. Documento de trabajo del Congreso sobre las vocaciones al sacerdocio y a la vida consagrada en Europa (Roma, 5-10 de Mayo de 1997)*, Madrid 1997, nn. 22-29.

² Sobre la incidencia de la cultura ambiente en el modo de ser de las vocaciones sacerdotales, vid. JUAN PABLO II, *Pastores dabo vobis* (1990), n. 8-10; y en las vocaciones religiosas, vid. Instrucción de la CONGREGACIÓN PARA LOS INSTITUTOS DE VIDA CONSAGRADA Y LAS SOCIEDADES DE VIDA APOSTÓLICA, *Orientaciones sobre la formación en los Institutos Religiosos* (Roma 1990), n. 86-89.

³ Para una exposición más amplia de estas reflexiones, vid. mi trabajo: J.L. MORENO MARTÍNEZ, *Características de la cultura de hoy y su reflejo en los jóvenes. Análisis y consecuencias para la educación del seminario*, en «Seminarios» 44 (1998) 39-58.

⁴ Cfr. S. DECLoux, *Las vocaciones entre la complejidad cultural y el subjetivismo* (Ponencia en el Congreso Europeo de las vocaciones, Roma 1997).

⁵ PDV, 44 recoge la proposición 22 de los Padres sinodales que decía: «La madurez humana del sacerdote debe incluir especialmente la formación de su conciencia. En efecto, el candidato, para poder cumplir sus obligaciones con Dios y con la Iglesia y guiar con sabiduría las conciencias de los fieles, debe habituarse a escuchar la voz de Dios, que le habla en su corazón y adherirse con amor y firmeza a su voluntad».

⁶ En este sentido es luminosa la última Encíclica de Juan Pblo II «*Fides et Ratio*».

⁷ El estudio sociológico promovido por el Secretariado de la Comisión Episcopal de Enseñanza y Catequesis: «*La enseñanza religiosa en los centros escolares*», Madrid 1998, comprueba lagunas importantes en los contenidos de la fe y la moral cristiana entre nuestros adolescentes y jóvenes. Ello no puede menos de repercutir también en los que acceden a las Casas de formación. Para llenar esas lagunas y adquirir la formación básica cristiana en actitudes y conocimientos, en algunos Seminarios se ha comenzado a implantar el año «introductorio» o «propedéutico», sobre el que la Congregación para la Educación Católica acaba de publicar un documento informativo: *El periodo propedéutico* (1998).

⁸ Cfr., por ejemplo, los filósofos de la llamada Escuela de Frankfurt, que hablan de los límites de la «razón instrumental» (Horkheimer); o la crítica de los intelectuales postmodernos (Lyotard, Vattimo, Baudrillard, Lipovetsky), desencantados de los resultados de la modernidad, con la idea del progreso, la planificación y la eficacia.

⁹ En algún caso puede haber peligro de refugio o huida ante un mundo hostil o ante experiencias negativas de hastío. En otros puede ser búsqueda de identidad y fundamento. Ya hace 10 años se advertía que los sacerdotes jóvenes y los nuevos seminaristas de Francia presentaban una atracción accentuada, incluso dominante, por lo espiritual: Cfr. J. DORÉ, *Presbíteros y futuros presbíteros de hoy. Dos tendencias: generaciones y temperamentos*, en «Seminarios» 34 (1988) 313-335.

¹⁰ E. GUIÁN, *Manifiesto hedonista*, Madrid 1990, p. 140.

¹¹ Cfr. sobre este tema por ejemplo *Pastores dabo vobis*, 44 y 50.

¹² Cfr. F. SAVATER, *Panfleto contra el Todo*, Madrid 1979.

¹³ Sobre lo esencial de la formación del Seminario dice *Pastores dabo vobis*, n. 42: «Es dejarse configurar con Cristo Buen Pastor para un mejor servicio sacerdotal en la Iglesia y en el mundo. Formarse para el sacerdocio es aprender a dar una respuesta personal a la pregunta fundamental de Cristo: '¿me amas?' (Jn 21,15). Para el futuro sacerdote la respuesta no puede ser sino el don total de su vida». Y respecto a la necesidad de unificación en la formación para la vida religiosa, dice la Instrucción *Orientaciones sobre la formación en los Institutos religiosos*, n. 18: «El amor personal a Cristo es principio de unidad interior de toda la vida consagrada».

¹⁴ Cfr. S. ARZUBIALDE, *Configuración con Cristo*, en J.M. GARCÍA LOMAS - J.R. GARCÍA MURGA, *El seguimiento de Cristo*, Madrid 1997, pp. 73-130.

¹⁵ A él alude *Pastores dabo vobis*, 34, a propósito de las vocaciones sacerdotales y *Vita consecrata*, 64, que dice: «La invitación de Jesús 'Venid y veréis' (Jn 1,39) sigue siendo aún hoy la 'regla de oro' de la pastoral vocacional».

¹⁶ El Documento *Nuevas Vocaciones para una Nueva Europa*, n. 36, afirma: «Es el Hijo, impronta del Padre, el formador de los hombres, pues el modelo según el cual el Padre creó al hombre. Por esto el invita a los que llama a tener sus mismos sentimientos, a compartir su vida, a tener su 'forma'. El es, al mismo tiempo, el formador y la forma» (Cfr. *Ibid.* n. 17,c).

¹⁷ «La llamada a la vida consagrada está en íntima relación con la obra del Espíritu Santo. (...) Bajo su acción los llamados reviven, en cierto modo, la experiencia del profeta Jeremías: 'Me has seducido, Señor, y me dejé seducir?' (Jer,20,7)» (*Vita consecrata*, 19).

¹⁸ El «Plan de formación sacerdotal para los Seminarios Mayores» de la Conferencia Episcopal Española (1996) estructura toda la formación en estas cinco dimensiones. Cfr. también *Pastores dabo vobis*, aunque integra la dimensión comunitaria en las demás.

¹⁹ Sobre la configuración como proceso y las falsas configuraciones es muy sugerente el trabajo: L.Mª GARCÍA DOMÍNGUEZ, *El proceso de crecimiento espiritual en la configuración con Jesucristo*, en COMISIÓN EPISCOPAL DE SEMINARIOS Y UNIVERSIDADES, *Jesucristo en la formación sacerdotal*, Madrid, Edice, 1998, pp. 51-103.

²⁰ *Pastores dabo vobis*, 69. Cfr. la misma idea en la Instrucción *Orientaciones sobre la formación en los Institutos Religiosos* (Roma 1990), n. 19.